

UNAMUNO Y LOS HISTORIADORES DEL MÉXICO ANTIGUO

José María Balcells
Universidad de León (España)

En este trabajo se estudia la presencia de algunos de los principales historiadores de México en la obra periodística de Miguel de Unamuno, y se comenta y valora su posición crítica respecto a cada uno de ellos. El escritor vasco censuró duramente la denuncia realizada por Fray Bartolomé de Las Casas del trato recibido por los indígenas por parte de los conquistadores. Por el contrario, elogió el comportamiento desprendido y quijotesco de Bernal Díaz del Castillo como soldado que intervino en la conquista. El más entrañable de los indianistas fue, para él, el jesuita Francisco Javier Clavijero, cuya lectura le introdujo desde muchacho en el conocimiento de la cultura azteca. Este conocimiento lo completaría décadas después leyendo la obra del estadounidense William Prescott *History of the Conquest of Mexico*. **Palabras clave:** Miguel de Unamuno. Periodismo. Historia de México. Historiógrafos mexicanistas.

HISTORIADORES DEL MÉXICO ANTIGUO

Uno de los pretextos que pueden acotarse acerca de la presencia de México en la vida y en la obra unamunianas está en la base de algunas de las vertientes de lo que pueda decirse sobre Miguel de Unamuno y aquella nación: sus referencias a algunos historiadores que, desde el siglo XVI hasta el XIX, escribieron sobre la historia del México antiguo y su conquista por la corona de España.

Son cinco los historiógrafos que aparecen de un modo u otro en la obra unamuniana: Hernán Cortés, Bartolomé de Las Casas, Bernal Díaz del Castillo, Francisco Javier Clavijero y William Prescott. Una mención de pasada e indirecta podría añadirse también, la de Francisco López de Gómara. De ellos, a los que más aprecio tuvo fueron el castellano Díaz del Castillo y el mexicano Clavijero, seguidos del estadounidense Prescott. Otros historiadores de México no son mencionados, lo que no resulta significativo, pues todas las menciones se hacen en el texto de artículos periodísticos, y sin propósitos académicos.

CORTÉS OMITIDO Y LAS CASAS DEMONIZADO

En ninguna de las ocasiones en las que Unamuno se refiere a Hernán Cortés hizo alusión al paso del conquistador nacido en Medellín por Salamanca, donde se inició en los estudios de latín, de gramática y de leyes durante un par de años. Las lecciones aprendidas en la ciudad del Tormes iban a serle muy útiles en los primeros tiempos de su aventura americana, a la que se entregó siendo un conquistador provisto de una base cultural que lo diferenciaba del común de los conquistadores.

Como historiador, a Hernán Cortés no lo tuvo en cuenta Unamuno, o al menos no hay muestra alguna de que lo apreciase en esa faceta. Cuando alude a él lo hace de modo muy secundario, y sin referirse en ningún momento a sus cartas de relación al Emperador Carlos. Estos textos epistolares constituyen un aporte histórico importantísimo y de primera mano, y por ende tienen extraordinario valor testimonial, además de otros muchos valores, entre ellos el de haber inaugurado una “nueva y peculiar manera de unir historia del pasado y política reivindicativa del presente...” (Delgado Gómez, 1990: 19) Y ha de añadirse también su intrínseca valía como texto. Octavio Paz subrayó este último aspecto remarcando que “Cortés fue un escritor notable y sus cartas de relación soportan la comparación con los comentarios de la guerra de las Galias...” (Paz, 1989: 8)

Pero no parece que el catedrático bilbaíno haya leído ninguna de las *Cartas de relación a Carlos V* escritas por el extremeño, pues no alude nunca a cualquiera de ellas, desde la primera que fechó en julio de 1519, y que fue dirigida a la vez a la reina Juana y a su hijo, el Emperador Carlos, hasta la quinta, remitida al Emperador como las tres anteriores, y que dató en Tenochtitlán en septiembre de 1526. Con todo, no puedo considerar ese silencio como evidencia definitiva de que desconociese tales textos, de los que a la sazón había en la Universidad de Salamanca dos ediciones latinas del siglo XVI, aparte de figurar dichas cartas al Emperador en el tomo primero de historiadores de Indias que consta que el catedrático manejó.

No habla Unamuno mal del conquistador extremeño, no desmerece su gesta, pero tampoco la ensalza. Cabe decir incluso que su tratamiento de esta figura histórica podría considerarse precursor de las posiciones actuales más ponderadas, en las que se equilibran los pros y los contras, las luces y sombras de la conquista del territorio que pasaría a llamarse Nueva España del Mar Océano. Octavio Paz pudiera ejemplificar esta posición ambivalente cuando sostuvo que a Cortés “No es fácil amarlo, pero es imposible no admirarlo.” (Paz, 1989: 8).

Si respecto a Cortés hemos aventurado la posible interpretación de que Unamuno se anticipa a posicionamientos muy contemporáneos, no ocurre lo mismo con relación a otra figura controvertida, el Padre Las Casas. Sobre este dominico que debe asociarse a la escuela dominicana de teólogos y juristas de Salamanca, y que encabeza Francisco de Vitoria, hay una visión dominante positiva, acorde con problemáticas que tienen que ver con avatares relacionados con los derechos humanos, el derecho internacional, y los derechos laborales.

En su artículo “Nuestro gran amigo Chichimecatecle”, publicado por *El Liberal* el 19 de junio de 1921, y en cuyo título se hace mención del cacique tlas-

calteca que tanto colaboró con Hernán Cortés, reservaba Unamuno un párrafo para dar su opinión acerca de Fray Bartolomé de Las Casas, autor, entre otras obras, de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, aparecida en Sevilla en 1552. De este sevillano que, antes de hacerse dominico en 1522, fue encomendero, tuvo una muy negativa opinión. Lo tilda de verdadero radical, y no solo de palabra, y lo caracteriza con una dureza sin paliativos cuando sostiene que “era un desatinado revolucionario, sin espíritu alguno de edificación, energúmeno de la justicia y, por ende, ¡claro!, muy imperfecto patriota...” (Unamuno, 1966: IV, 1.064).

Este posicionamiento resulta en extremo radicalizado, y se caracteriza por no conceder mérito alguno a este religioso bético, y es el caso que su actuación respecto a diversas cuestiones relativas a las Indias contiene aspectos susceptibles de valorarse positivamente. No ha de enjuiciarse el parecer unamuniano descontextualizándolo, pero tampoco hacer lo mismo con la conducta lascasiana separándola de una circunstancia histórica que nos es tan lejana.

Respecto a la primera de las censuras, la de presentar a Las Casas como un revolucionario desatinado, es cierto que puede considerársele un revolucionario en más de un sentido. Un ejemplo muy ilustrativo sería haber sido decisivo en lograr, con sus informes, la supresión del sistema de la encomienda, lo que supuso una auténtica revolución político-administrativa, y en condicionar la promulgación de las llamadas “Leyes Nuevas”, a las que se tiene actualmente por punto de partida del derecho laboral moderno. (Losada, 1990: 70)

Por lo que hace al segundo dictamen unamuniano, el de que en Las Casas no hubo espíritu de edificación alguno, sería aceptable según el concepto de edificación evangélica que se utilice, aunque parece que el principio al que se atuvo el dominico fue el de una evangelización pacífica que no forzase con violencia ni al trabajo ni a convertirse al Cristianismo, por muy religión verdadera que fuese, y por mucho que en alguno de los credos indígenas se practicasen sacrificios humanos. (Losada, 1990: 72) Esta tesis la manifestó en distintas obras, y la expuso ampliamente en uno de sus libros principales, *De unico vocationis modo*, a cuya versión en lengua española se le ha puesto en título de siguiente: *Del único modo de atraer a los pueblos a la verdadera religión*. Aquí incluso pudiera decirse que el fraile se habría constituido en un remoto antecedente de aquella famosa sentencia atribuida al catedrático salmantino de “Venceréis, pero no convenceréis”.

Tocante a la censura tercera, la de atribuir un energumenismo justiciero al fraile andaluz, tal vez se apoye en actuaciones tuyas tan drásticas como la de que llegase a negar el sacramento de la confesión a los colonizadores que, haciendo caso omiso de las leyes protectoras del indio promulgadas por la corona, mantuviesen a los aborígenes en estado casi esclavista.

La cuarta de las acusaciones, la de actuar como un imperfecto patriota, Unamuno la desprende de la tercera, y pudiera ser la más entendible de todas dentro de la visión del patriotismo que caracterizó al catedrático salmantino. Ha de tenerse en cuenta, al respecto, que debemos alinearlos junto a aquellos que consideraban a Las Casas como uno de los más grandes propiciadores de la Leyenda Negra que arrastraba la imagen de la conquista y del Imperio español de los Habsburgo. Acerca de este punto, se le hace responsable a Las

Casas de suministrar reiterados argumentos a los intereses de las monarquías inglesas, francesas y holandesas enemigas de la corona española, y recelosas de su creciente poderío, desde que su obra *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, que se tradujo enseguida al francés, inglés, alemán, holandés, portugués y latín, se fue difundiendo por Europa y por América.

En un asunto que no menciona Unamuno, sí me aventuro a decir que estaría de acuerdo en valorar positivamente tanto a Hernán Cortés como a Fray Bartolomé de Las Casas. Me refiero a la contribución de ambos a un hecho característico de la colonización española de América, el del mestizaje. Este hecho fue fruto de la reproducción entre españoles e indios, dando lugar a dos grupos, el de los criollos, resultado de la mezcla de indígenas y conquistadores y funcionarios, y el de los mestizos, que lo fueron de la unión de colonos y aborígenes. (Esteve Fabregat, 1987: 24)

El dominico sevillano fomentó los matrimonios mixtos entre los españoles y los indígenas. Y en la prole de Cortés hubo hijos que no fueron fruto del mestizaje, pero otros sí. Recordemos que la indígena Malinalli, nombre castellanizado como Malinche por los españoles, era hija de un cacique de un pueblo federado con los aztecas, y su familia la dio, según refiere Díaz del Castillo, “a unos indios de Xicalango...y los de Xicalango la dieron a los de Tabasco y los de Tabasco a Cortés.” (Díaz del Castillo, 1955: 84). Esta india sirvió a Cortés como traductora al conocer el náhuatl y el maya, y fue fundamental su rol en las relaciones de Cortés con Moctezuma II. De ella dijo Unamuno que “brizó los primeros ensueños americanos de Cortés.” (Unamuno, 1966: IV, 656) Fue madre del primero de sus hijos nacidos en tierra mexicana, y asimismo el mayor de los concebidos en sus relaciones carnales con otras nativas. Me refiero a Martín Cortés, nacido en Coyoacán en 1522. Más adelante, nacerían Leonor Cortés y Moctezuma, habida de una hija de Moctezuma II, y posteriormente María Cortés, que el militar extremeño tuvo de una princesa mexicana. A todos los legitimó, al igual que a otros vástagos nacidos de relaciones matrimoniales.

UN HISTORIADOR ENTRAÑABLE: CLAVIJERO

A continuación, nos referiremos a los tres historiadores del México antiguo que más leyó Unamuno, y lo vamos a hacer según el orden cronológico en que los fue leyendo. De acuerdo con este criterio, la primera lectura fue la del jesuita mexicano Francisco Javier Clavijero. La hizo de niño, según contaba el escritor en su artículo “Mi visión primera de Méjico”, aparecido en febrero de 1907 en la *Revista Moderna de México*. Esa lectura iba a ser la principal responsable de su interés por la historia mexicana. Después leyó a William Prescott y por último a Bernal Díaz del Castillo.

La calificación que antes se me ocurre al referirme al Padre Clavijero es la de que fue para él el autor de una obra entrañable. Recuértese que el padre de Unamuno había sido indiano, y en concreto había vivido algunos años en la capital del Estado de Nayarit, en Tepic. Cuando regresó a la tierra vasca, se trajo de México, entre otros recuerdos mexicanos, un buen puñado de libros. Y uno de ellos, tal vez el más apreciado por su hijo, fue aquél al que su autor puso el título de *Historia antigua de Méjico y de su conquista*.

Dada la importancia que para la historiografía mexicana tuvo la labor historiográfica de Clavijero, porque fue el primer mexicanista que estudiaba la historia entera del país azteca, pero dada sobre todo la incidencia que la obra tuvo para Miguel de Unamuno, entiendo que procede aportar algunos datos acerca de la misma. Este religioso había nacido en Veracruz en 1731, falleciendo en Bolonia en 1787, cincuenta y seis años después. Su trabajo lo elaboró durante su exilio italiano.

Escrito su libro inicialmente en castellano, su autor lo trasladaría a la lengua toscana, siendo en este idioma en el que se publica por vez primera, en sendos tomos que aparecieron en 1780 y 1781. Clavijero no alcanzaría a ver, sin embargo, la primera de las ediciones de su obra en su propio idioma, la cual saldría en Londres en 1826, con carácter póstumo, casi cuatro décadas después de su muerte. José Joaquín de Mora iba a ocuparse de devolver aquella *Historia antigua de Méjico y de su conquista* a la lengua original en la que fue concebida y redactada.

No cabe duda de que fue la edición mexicana de 1853 la manejada por Unamuno, porque él mismo lo indicaba en su artículo “A la memoria de Nervo”, artículo que publicó el 27 de agosto de 1919 en el diario bonaerense *La Nación*. Ahí menciona este libro diciendo que lo realizó el “abate italiano don Francisco Javier Clavijero, que en una traducción de un mejicano leí yo, siendo casi un niño...” (Unamuno, 1966: IV, 1.026) Equivocó evidentemente la patria de Clavijero en esta breve evocación en la que no debía tener el libro a la vista. El error quizá fue inducido por el recuerdo de que en la portada del ejemplar que había leído tan temprano consta que había sido escrito “en italiano por Francisco Javier Clavijero”, cuando en realidad, según ya se puntualizó, el redactado original se hizo en la lengua de Castilla, lo que no obsta para que la impresión primera se imprimiese en italiano, traduciéndolo a este idioma el propio historiador.

En el artículo “Mi visión primera de Méjico”, que apareció en febrero de 1907 en *Revista Moderna de México*, señalaba Unamuno que “allí está todavía, en casa de mi madre, en Bilbao.” (Unamuno, 1966). Pero debió querer heredarlo años después, porque en el fondo antiguo de la Biblioteca de la Casa Museo Unamuno de la Universidad de Salamanca existe un ejemplar de la edición mexicana de 1853. La imprimió Juan R. Navarro. Consta este tomo, que está encuadernado, de 139 páginas y 27 láminas.

La *Historia antigua de México y de su conquista* fue responsable de varias anécdotas juveniles: sus jeroglíficos le impresionaron hasta tal punto que incluso llegaría a dibujarlos; esas páginas históricas le motivarían tanto que quiso aprender el que llama “el azteca” y asimismo pretendió prescindir del calendario gregoriano, y regirse por el calendario mexicano, de cuya complejidad puede dar alguna idea el que un especialista asevera que de él se han hecho muchas interpretaciones, “y todas discordantes entre sí”, añadiendo que “es la pieza arqueológica más estudiada del mundo.” (Ibarra Grasso, 1980: 285)

De lo antedicho se advierte ya el impulso unamuniano por distinguirse de los demás, y de querer hacerlo asumiendo retos difíciles y contrarios a las pautas establecidas. Más aún: acerca de los relatos inventados que contaba los domingos lluviosos a otros mozalbetes compañeros de colegio, escribía que

“no faltaron prodigiosas aventuras en el Anáhuac y feroces combates de mis errantes héroes con aztecas, toltecas y chichimecas, con todo el colorido local que el buen P. Clavijero me proporcionaba.” (Unamuno, 1966: VIII, 236)

Con el paso de los años llegó a comprender Unamuno que, de haberse llevado a cabo propósitos como los antedichos de regirse por el calendario mexicano, y de aprender el lenguaje azteca, tales deseos hubiesen dado más alas todavía a la opinión generalizada ya entre sus compañeros de pupitre de que era un tipo raro. Eran estos solo dos ejemplos que añadir a tantos otros no menos peregrinos como por entonces iban nutriendo su “curiosidad por lo recóndito y extraño...”, (Ibídem) y que bien podrían explicar algunas de sus inquietudes lingüísticas posteriores. Ponía como ejemplo de ellas el haber aprendido “algo de uno de los lenguajes de los indígenas de la Australia occidental.” (Unamuno, 1966: VIII, 236)

PRESCOTT Y LOS SANGRIENTOS SACRIFICIOS AZTECAS

Unamuno tomó a William Prescott como fuente para escribir su artículo “Huitzilopetzli y Chimalpopoca”, publicado en *El Imparcial* el 4 de julio de 1916. En concreto iba a utilizar la obra más renombrada de este historiador decimonónico estadounidense. Editada en lengua inglesa en 1843 con el título *History of the Conquest of Mexico*, de este libro de referencia, del que indicaba que se gestó basándose su autor en los historiadores de Indias, reproduce varias y amplias citas. El contenido de las mismas especulo que sería trasladado por el propio Unamuno desde la edición en inglés de la obra que se encuentra en la Universidad de Salamanca, porque es la única de esta biblioteca universitaria con fecha anterior a la del artículo, suponiéndose que data tal vez de 1909, no descartándose que pudiera adquirirse por su iniciativa.

Que decidiese acudir a Prescott para exponer a sus lectores los comentarios que le suscitaba el referido dios pudo deberse a que este historiador de Boston concede un espacio muy amplio a la mitología azteca y a las costumbres concernientes a su culto. Desde muy joven se sintió atraído Unamuno por esa temática, y singularmente por los sacrificios humanos ofrendados a dicha divinidad, a vueltas de leerlos en el libro de Clavijero que estaba en la casa paterna. Pero con los años necesitó una exposición más completa de la materia, y la encontraría en la citada *History of the Conquest of Mexico*.

Primeramente se refiere Unamuno al carácter sanguinario del culto a Huitzilopetzli, y a la nefasta influencia que sobre el pueblo pudieron ejercer las hecatombes que se le ofrecían. Luego ahonda el cátedro salmantino en cuestiones de gran calado, y se pregunta si constituyen un culto verdaderamente religioso, o solo una superstición, los sacrificios rituales que se ofrendaron a dicho dios. Y responde que esos ritos conformaron una sangrienta y bárbara liturgia, no un rito auténtico. Y añadía, haciendo gala de su portentoso dominio idiomático, que “la liturgia es al culto lo que la superstición a la religión: una escurraja, un poso, una saborra, o lo que un limón estrujado de su jugo.” (Unamuno, 1966: IV, 623)

Este comentario le lleva a contradecir a quienes puedan sostener que el individuo ha de someterse tanto a la colectividad como a sus dioses y liturgias. Pone como ejemplo el de quienes niegan que deba argumentarse en contra de

un padre. Y arguye que sí se debe, y no solo contra el progenitor, sino contra la madre, y contra la patria. La justicia ha de ponerse por encima de la patria, puesto que “una cosa es ser hijo de una patria, y otra ser siervo de una nación. Y la nación puede no ser madre, ni aun madrastra, y sí solo capitana.” (Unamuno, 1966: IV, 623)

EJEMPLARIDAD QUIJOTESCA DE DÍAZ DEL CASTILLO

El último de los historiadores de México que iba a leer Unamuno fue Díaz del Castillo. Debió resultarle muy interesante la lectura de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* escrita por el soldado castellano, motivándole la composición de un par de colaboraciones periodísticas, de gran proximidad cronológica entre sí. “Nuestro gran amigo Chichimecatecle” llevaba como titulación el primero de esos textos, ya mencionado más arriba, donde se dijo que había aparecido en el madrileño *El Liberal* con fecha 19 de junio de 1921. El segundo, titulado “Bernal Díaz del Castillo”, vería la luz dos meses después, el 21 de agosto, en el rotativo bonaerense *La Nación*.

Fue un volumen de la Biblioteca de Autores Españoles, el que contenía la crónica de Bernal Díaz del Castillo, el que utilizó para escribir esos artículos. Pudo haber utilizado otras opciones textuales de las que disponía la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, sin embargo, y no lo hizo. Estamos aludiendo a una edición de la crónica que se publicó en Madrid en el siglo XVII, y cuyo pie de imprenta registra el año 1632, o pudo haber acudido a la edición aparecida en París-Buenos Aires que data de 1914. Pero se valdría del tomo al que hicimos referencia.

Reconoció Unamuno que esa crónica la había descubierto demasiado tarde, y deploraba no haberla leído antes de escribir su *Vida de don Quijote y Sancho*, libro que publicó en 1905, en el contexto cultural de la celebración del tercer centenario de la edición del *Quijote*. Y si lo lamentaba era porque creía que esta obra suya hubiese resultado enriquecida en aspectos clave. En su artículo sobre Díaz del Castillo para los lectores del Plata les anunciaba que su propósito era dar en Argentina unas cuantas conferencias acerca del quijotismo, en las cuales hablaría también de ese conquistador, a fin demostrar que el yo a modo de Don Quijote y de Bernal Díaz del Castillo es la categoría moral más desinteresada, más pura, más universal, más abnegada y la menos egoísta y la menos vanidosa. (Unamuno, 1966: III, 1.029)

Unamuno relacionaba al historiador Díaz del Castillo, así pues, con Don Quijote, y lo hizo porque creía que aquel soldado castellano podía servirle como ejemplo histórico de su idea de regeneración de España con un nuevo proyecto para su patria, ideal que está en el fondo de su defensa del quijotismo de aquella hora. (Blasco, 1989: 120)

Unamuno señalaba, como ejemplo de que Díaz del Castillo tuvo un gran sentido de la justicia, lo que este militar cuenta a propósito del suplicio a que fue sometido el último emperador azteca, Cuauhtémoc, y que culminó el 28 de febrero de 1525 con su ahorcamiento. Se le acusaba de haber organizado un complot contra los conquistadores, pese a haberse declarado inocente. En el tramo posterior de su artículo para *La Nación* aduce el relato del malestar que produjo esa ejecución, por orden de Hernán Cortés. La decisión de esa muerte

no la compartió ni Díaz del Castillo, ni ninguno de los hombres de Cortés que asistieron a este hecho, por parecerles muy injusto.

Sobre la carencia de interés de Bernal Díaz del Castillo en unos tiempos en los que el objetivo primero de los conquistadores y colonos era enriquecerse, comenta Unamuno que prescindió de la aspiración a ser un hombre rico, lo que explica haber fallecido en la pobreza y con hijas casaderas a las que no pudo dotar. Asimismo, ponderó la sensibilidad bernaldiana respecto al entorno natural, y al respecto llamaría la atención sobre un pasaje de su crónica en el que habla de un árbol de Naco tan refrescante corporal y espiritualmente que pondría de relieve la capacidad de Díaz del Castillo para el goce y disfrute del paisaje, tanto desde el punto de vista del espíritu como a través del cuerpo. Y valiosa también esa capacidad unamuniana para hacer aprecio de una visión del mundo natural que no era la suya, pues en su obra no predomina la naturaleza, y cuando aparece acostumbra a reflejar los estados de ánimo propios o de sus personajes, o contemplarse idealizada, o revestir carácter místico (Muñoz 1983: *pássim*).

SOBRE LENGUAJE Y SOBRE ESCRITURA

Le había interesado mucho a Unamuno la peculiaridad de empleo del habla castellana por parte de Bernal Díaz del Castillo, y la había calificado como “cháchara” en el artículo escrito para *El Liberal*. En el enviado a *La Nación* volvió a valorar elogiosamente cómo estaba escrita esa crónica. Primeramente la alaba diciendo que “Pocos libros, si es que alguno hay en castellano, de una lengua más viva, más enjuta, más hablada. Se le oye en el libro al viejo capitán...” (Unamuno, 1966: III, 1.028) Ese oír implica el concepto de voz en sentido acústico, punto sobre el que se extenderá en un párrafo posterior:

Se oye en esta *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España* la voz de Bernal Díaz del Castillo, como si sonase al aire libre y a la luz del sol, llevada por el aire sutil de la meseta castellana y de la mejicana, y no como “voz vagarosa y entonada, como que salía de bóveda”, según nos dice de la del capitán Pánfilo de Narváez. (Unamuno, 1966: III, 1.028)

Aunque Unamuno no cita a Juan de Valdés y a su *Diálogo de la lengua*, obra redactada en 1535, varios de los conceptos de uso idiomático que se proponen en este libro concuerdan con la práctica lingüística que Díaz del Castillo materializó en su crónica, escrita en 1568, por tanto treinta y tres años más tarde. En ella no pudieron influir en modo alguno las ideas valdesianas porque no se difundirían hasta el siglo XVIII. Recomendaciones claves como las de evitar la afectación, la apuesta por la llaneza y el escribir como se habla coinciden en ambos textos sin que exista dependencia alguna del segundo respecto del primero.

Hay un distingo que, sin embargo, diferencia a esos dos autores del XVI. Valdés hubiera podido escribir en latín, pero optó por el cultivo de la lengua vulgar, que era la natural suya. Díaz del Castillo no conocía otra habla que la materna. El *sermo humilis* pudo venirle condicionado por ese desconocimiento, además de ser una opción de estrategia retórica. Al respecto, Unamuno no solo disculpaba la ignorancia de la lengua latina, sino que alabó lo que consideraba que no era una carencia, el saber latín.

Sale al paso Unamuno del parecer de aquellos que subrayan peyorativamente que el cronista reincidió en el discurso yoísta del “yo, yo, yo”, una autorreferencia con la que se sentía identificado. No ha de olvidarse, al respecto, que esa reiteración egocéntrica no dejaba de suponer un recurso narratológico tendente a crear en los lectores la ilusión de que el suyo no era un relato ficticio al uso, y por ende malquisto a fuer de falso, sino un relato evocador real. (Serés, 1992: 23)

Además de la valoración positiva de su habla como tal habla, Unamuno ensalzó igualmente la admirable manera de decir las cosas que elige Díaz del Castillo en muchos momentos, así como algunas de sus valiosas técnicas narrativas. Respecto al primer caso, se fijó en una expresión del conquistador que le parecía muy hermosa, la de referirse a quienes murieron de muerte natural diciendo que habían perecido “de su propia muerte”. Del segundo supuesto es ejemplo la excelente manera como sabe regresar al eje del discurso narrativo cuando se ha desviado de él, lo que le llevaba a decir “Volvamos a nuestro cuento”. El cátedro salmantino destacó, por consiguiente, una de las técnicas narrativas bernaldianas, aun cuando, pese a ser muy laxo en la consideración de los géneros literarios, no llegó a calificar su crónica como novela, y el caso es que el propio conquistador, al valerse de la expresión citada, “Volvamos a nuestro cuento”, ya dio a entender, fuese o no consciente de ello, que el discurso histórico emparenta con la ficción novelesca por el empleo de mecanismos narrativos semejantes.

Quien sí iba a emplear el calificado de novela refiriéndose a la crónica bernaldiana sería Carlos Fuentes, para quien ese militar “es nuestro primer novelista.” (Fuentes, 1985: 13) Según el escritor mexicano, aquel capitán español fue un poeta épico que decide ir en pos del tiempo perdido, como Marcel Proust. Bernal había experimentado lo que iba a contar, pero contarle se convertiría en una manera de “re-vivir, ciertamente, pero también de vivir por primera vez” (Fuentes, 1985: 13) lo vivido.

Al leer a Clavijero quedó fascinado por la lengua azteca propiamente dicha, la lengua mexica, el náhuatl, y quiso aprenderlo. Si a propósito del calendario, ya expusimos que le atrajo adoptar un sistema distinto, parecidamente pudiera decirse a vueltas del lenguaje azteca. Era tan incomparable con el castellano que por eso mismo debió llamarle la atención poderosamente, y además añadía el aliciente de suponer un reto conocerlo, y otra posibilidad más para diferenciarse de los muchachos de su entorno. Y es que no lo constituía la escritura alfabética, sino que se basaba en representaciones gráficas, en signos pintados, o glifos. Eran los glifos de carácter numérico, topográfico, ideográfico, etc., siendo muy remarcable la gran cantidad de ellos de índole abstracta, debiéndose añadir que “el simbolismo de los colores venía a completar o modificar el sentido de los glifos...” (Alcina Franch, 1999: 214)

Aunque no dispongo de datos para asegurarlo, me planteo la hipótesis de si esa historia de Clavijero pudo estar en el punto de partida de sus futuras reflexiones en torno a una cuestión controvertida, la de la escritura del nombre de México y la de su gentilicio. En la traducción castellana de la obra del veracruzano predomina el uso de la jota abrumadoramente. Sin embargo, se emplea la equis en los pies de las ilustraciones. Con los años, Miguel de Unamuno

manifestaría su desacuerdo con la utilización de la equis en ambos supuestos, abogando por utilizar siempre la jota. Un par de escritos suyos lo explicitan.

Firmado el primero en Salamanca el 26 de octubre de 1892, apareció en *El Nervión* de Bilbao, en su entrega número 600, con fecha 7 de noviembre de dicho año. Puso a su texto el título de “La equis intrusa”. Sobre la problemática ahí abordada volverá a versar la colaboración que, habiéndola titulado “Méjico y no México”, iba a ver la luz en las páginas del seminario satírico *Madrid Cómicó*, el 28 de mayo de 1898.

En el artículo de 1892, tildaba peyorativamente el incremento del uso de la equis para nombrar al país azteca y al gentilicio con una doble desestima: tal empleo sería a su juicio una “americanada y un disparate ortográfico a la vez.” (Unamuno, 1966: IV, 291) Dio tres argumentos en contra de ese uso. Aducía que el sonido que representa la equis en ambos supuestos ya no pervive, porque se ha transformado en el que representa la jota. México se pronuncia contemporáneamente, por tanto, con el sonido al que remite la jota, y no con el asociado a la equis. En un pasado lejano esa equis sí sonaba como una equis, aunque ese sonido tampoco era asimilable al de la equis actual. De esa apreciación se sigue que no se da correspondencia entre la equis de México y las fonéticas antigua y moderna de la grafía. Y apostillaba: si se escribe de esa guisa México, “No sé por qué no se ha de escribir Guadalajara...”, (Unamuno, 1966: IV, 291) con equis también.

El artículo publicado en *Madrid Cómicó* es más breve que el salido en *El Nervión* seis años atrás. En él se sustentan los mismos criterios, pero al exponerlos hay algunos matices que anteriormente no se habían aducido. Aquí concreta que la intrusión de la equis que antes había calificado como una americanada, se reduce a “un desahogo infantil”, revelador de que “Hay que distinguirse, aunque solo sea por una x.” (Unamuno, 1966: IV, 570) Esta clase de infantilismo se alimentaría, además, de pruritos nacionalistas, y por tanto cabe equipararlos en el fondo con aires semejantes a los que habrían conducido a los vascos a escribir Bizkaya con la letra ka, solo para enfatizar que “el vascuence es un idioma de distinta estirpe que el castellano y no emparentado con él.” (Unamuno, 1966: IV, 570) Al señalar procedimientos comunes en las prácticas nacionalistas, Unamuno demostraba que, además de alzarse contra esto y aquello, también se alzaba contra allende y aquende.

Así pues, los criollos han querido poner de relieve que el nombre de su país tiene origen indígena. La apostilla de Unamuno reside en comentar que resultará que, por escribir Méjico con jota, y no con equis, se pone en serio riesgo la personalidad nacional de los mexicanos, ironía que en su contrafaz equivale a haberles dicho que se valoran en tan poco que la hacen pivotar sobre el empleo de un mero signo de ortografía.

No encontraba el catedrático salmantino motivo para otorgar a ese país norteamericano de habla hispana el privilegio de uso de la ortografía “pseud-etimológica, cuando en castellano domina la fonética.” (Unamuno, 1966: IV, 569) Admite que, siendo verdad que el nombre México deriva de una voz azteca, y que su equis constituye un sonido paladial que en castellano lo representa la equis, también es cierto que ese sonido ya no se produce en el sistema idiomático. La grafía y la fonética ya no concuerdan entre sí, conculcándose un

principio que debiera respetarse, el de que “La tendencia natural de un idioma es acercarse en su escritura a la ortografía fonética.” (Unamuno, 1966: IV, 569) Y a esa conculcación la interpreta, como acabamos de decir, como un privilegio concedido al nacionalismo mexicano.

Ignoro si Valle-Inclán leyó el segundo de los artículos unamunianos, porque el primero lo dudo, no solo por el carácter local de la publicación en la que había aparecido, y en el mes de octubre, sino porque ese mismo año, el 12 de marzo, ya había emprendido rumbo a México desde el puerto de Marín a bordo del barco francés *Le Havre* en el que sería su primer viaje -el segundo lo haría en 1921- a tierra mexicana, a la que llega el 8 de abril, desembarcando en Veracruz. En cualquier supuesto, de haber leído el texto publicado en *Madrid Cómico*, estimo que ninguna mella debieron merecerle sus argumentaciones.

Hacemos esta deducción porque en 1915, en un acto celebrado en el Ateneo madrileño, llegaría a afirmar que “Resolví irme a México porque México se escribe con x”. Esta afirmación puede tener varias y aun distintas lecturas, pero es reveladora de que el escritor galaico en modo alguno se plantea ni cuestiona el uso de esta grafía ni en el topónimo ni en el gentilicio. Más bien parece que incluso le pudo seducir esa equis por considerarla evocadora de un horizonte atractivo por lejano, misterioso y excitante.

Glosado el contenido de los dos artículos unamunianos, y tras ese inciso acerca de una bien conocida aserción, o boutade, valleinclaniana, toca comparar el criterio ortográfico del cátedro salmantino con el de la Real Academia Española de la Lengua. En su apreciación sobre este particular, dicha institución académica no entra en el tipo de valoraciones del pensador vasco acerca de los motivos extralingüísticos de los mexicanos al haber adoptado la equis para escribir el nombre de su país. Y como no entra a discutir las, quedan intactas.

La RAE coincide con la opinión del bilbaíno, como no podía ser de otro modo, de que la equis del topónimo no representa ya ni el antiguo sonido azteca que representaba, ni al sonido que hoy se pronuncia. Sin embargo, los académicos recomiendan la grafía de la equis, reconociendo que se trata de un arcaísmo lingüístico, por haberla conservado los mexicanos, y porque también la han adoptado los demás pueblos de América que hablan español. Reparemos en que el uso de la equis no se prescribe, sino que tan solo se recomienda por las dos consideraciones apuntadas, no sin añadir que asimismo son correctas las grafías con jota del topónimo y de sus derivaciones, lo que supone avalar que esas palabras puedan escribirse hoy como lo defendió Unamuno.

BIBLIOGRAFÍA

Alcina Franch, José. *Los aztecas*. Madrid: Historia 16, 1999.

Blasco, Javier. “El *Quijote* de 1905 (apuntes sobre el qui jotismo finisecular)”, en VV.AA. *Miguel de Cervantes. La invención poética de la novela moderna*. *Anthropos* 98-99 (1989), 120-124.

- Delgado Gómez, Ángel. “Las *Cartas de relación* de Hernán Cortés”, en *Ínsula* 522 (junio, 1990), 17-19.
- Díaz Del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Prólogo de Carlos Pereyra. Madrid: Espasa-Calpe, 1955 (5ª edición).
- Esteva Fabregat, Claudio, *El mestizaje en Iberoamérica*. Madrid: Alhambra, 1987.
- Fuentes, Carlos. “La conquista reconquistada: Cortés, el príncipe que no fue”, en *El País* (24 de noviembre, 1985), 16-17.
- Ibarra Grasso, Dick Edgar. *Cosmogonía y mitología indígena americana*. Buenos Aires: Kier, 1980.
- Losada, Ángel. “Dos obras inéditas del Padre Las Casas: *Los tesoros del Perú* y *Apología contra Sepúlveda*”, en *República de las Letras* 26 (enero, 1990), 63-78.
- Muñoz, Raúl. “La presencia de la naturaleza en la obra de Unamuno”, en *Cuadernos de ALDEEU* 2-3 (mayo-octubre, 1983), 365-372.
- Paz, Octavio. “Exorcismo y liberación de Hernán Cortés”, *El País* (12 de octubre, 1985), 8.
- Serés, Guillermo. “Aspectos novelescos de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*”, en *Scriptura* 8/9 (diciembre, 1992), 17-26.
- Unamuno, Miguel de. *Obras completas*. Volúmenes III, IV y VIII. Edición de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer, 1966.